

Avatares de un museo

Colecciones, edificios y personas en relación con el Museo Público de La Paz – Museo Nacional de Bolivia (1838-1961)



Juan Villanueva Criales

Doctor en Antropología, Museo Nacional de Etnografía y Folklore, Bolivia
juan.villanuevacriales@gmail.com

Fecha de recepción: 28/12/2021
Fecha de aprobación: 05/05/2022

Resumen

El texto presenta un recorrido histórico sobre las transformaciones que dieron lugar a la institución conocida como Museo Nacional, origen de algunos de los museos estatales más importantes de Bolivia. Los museos surgen en base a relaciones entre colecciones, espacios, instituciones y personas, dentro de contextos sociales y políticos definidos. En ese sentido, se recorren siete etapas en la formación de este museo: la de los museos itinerantes como antecesores; la de formación del Museo Público en 1838, ligada al Obispado paceño; la de conexión con el Municipio de La Paz; la creación de un Museo Nacional de Historia Natural; su consolidación y fusión con el repositorio municipal en tiempos liberales para formar el Museo Nacional; su adopción de ideas indigenistas/teluristas bajo el rótulo de Museo Nacional Tihuanacu; y su transición al nacionalismo, que culminará con su subdivisión, en 1961, en varios repositorios especializados que perduran hasta el día de hoy. Durante este recorrido se muestra el desarrollo, crecimiento, decrecimiento, fusión y subdivisión de colecciones de diversa índole; se rastrea la ubicación de los museos sobre el espacio paceño y se delinear sus relaciones con personas, instituciones y momentos político-sociales.

Palabras clave: museos, historia de la ciencia, liberalismo, época Republicana, Bolivia.

Avatars of a museum. Collections, buildings and persons in relation to the Public Museum of La Paz - National Museum of Bolivia (1838-1961)

Abstract

The paper presents a historical journey on the transformations that gave rise to the institution known as the National Museum, the origin of some of the most important state museums in Bolivia. Museums arise based on relationships among collections, spaces, institutions and persons, within defined social and political contexts. In this

sense, seven stages are traversed in the history of this museum: itinerant museums as predecessors; the formation of the Public Museum in 1838, linked to the La Paz Bishopric; a stage linked to the Municipality of La Paz; the creation of a National Museum of Natural History; its consolidation and merger with the municipal museum during liberal times to form the National Museum; his adoption of indigenous/tellurist ideas under the title of Museo Nacional Tihuanacu; and its transition towards nationalism, culminating in its subdivision, in 1961, into various specialized museums to this day. During this history, the development, growth, decrease, fusion and subdivision of collections of various kinds are shown; the location of the museums on the La Paz space is traced, and their relationships with persons, institutions and political-social moments are outlined.

Keywords: museums, history of science, liberalism, Republican era, Bolivia.

Avatars d'un musée. Collections, bâtiments et personnes en relation avec le Musée Public de La Paz - Musée National de Bolivie (1838-1961)

Résumé

Le texte présente un parcours historique sur les transformations qui ont donné naissance à l'institution connu sous le nom de Musée National, à l'origine de certains des musées d'État les plus importants de Bolivie. Les musées émergent sur la base des relations entre les collections, les espaces, les institutions et les personnes, dans des contextes sociaux et politiques définis. En ce sens, sept étapes sont traversées dans la formation de ce musée: les musées itinérants comme prédécesseurs; la formation du Musée Public en 1838, lié à l'Évêché de La Paz; une étape liée à la Mairie de La Paz; la création d'un Musée National d'histoire naturelle; sa consolidation et sa fusion avec le musée municipal à l'époque libérale pour former le Musée National; son adoption d'idées indigènes/telluristes sous le titre de Musée National Tihuanacu; et sa transition vers le nationalisme, culminant dans sa subdivision, en 1961, en divers musées spécialisés à ce jour. Au cours de cette histoire, le développement, la croissance, la diminution, la fusion et la subdivision de collections de diverses sortes sont montrés; l'emplacement des musées sur l'espace de La Paz est tracé, et leurs relations avec les gens, les institutions et les moments politico-sociaux sont délimitées.

Mots clé: musées, histoire des sciences, libéralisme, époque républicaine, Bolivie.

Algunos de los componentes más mínimos y básicos de un museo son sus colecciones de objetos, conservadas y desplegadas en cierto espacio físico, gestionadas y presentadas de acuerdo con discursos contruidos por instituciones y personas, dentro de contextos políticos, económicos y sociales específicos. Los museos suelen estar en continuo crecimiento por el acopio de bienes culturales y documentales que realizan; sin embargo, sus trayectorias no son siempre de crecimiento lineal, existiendo momentos de decadencia, división o fusión por diversos factores. Asimismo, la ubicación de los museos se relaciona con los cambios y crecimiento de las ciudades que los albergan, donde estos se desarrollan como componentes del paisaje urbano.

Este artículo se desarrolla en el marco de una investigación sobre la historia de las colecciones e infraestructura del Museo Nacional de Etnografía y Folklore (MUSEF). La historia del MUSEF desde su fundación en 1962, y sobre todo en tiempos recientes, está relativamente bien estudiada, habiéndose elaborado varias publicaciones al respecto (Ruiz *et al.*, 1987 Eyzaguirre, 2012; Villanueva, 2020). Sin embargo, estas

recopilaciones coinciden en señalar como base inicial del repositorio las colecciones entregadas por el Museo Nacional o Museo Tihuanacu. La historia de este repositorio extinto, que constituye el germen de la museística paceña y un hito para la museística boliviana, se remonta a la primera mitad del siglo XIX y ha sido escasamente estudiada. Entonces, este texto aborda la formación temprana de las colecciones del Museo Nacional y los espacios donde estas fueron copiadas y desplegadas en el tiempo. El tema no es solo de interés del MUSEF: el Museo Nacional es el predecesor directo del Museo Nacional de Arqueología (MUNARQ) y también contribuyó a la formación de otros repositorios como el Museo Nacional de Arte (MNA) o el Museo Nacional de Historia Natural (MNHN).

Aquí presentamos los orígenes y avatares del Museo Nacional antes de su subdivisión, acaecida en el contexto de la Revolución Nacional y los gobiernos del Movimiento Nacionalista Revolucionario (MNR) (1952-1964). Para ello, revisamos fuentes publicadas durante este largo lapso temporal, rastreando las diferentes locaciones del repositorio en La Paz (figura 1), descripciones de sus colecciones y algunos eventos mayores de acopio. Asimismo, trazamos las relaciones del museo con intelectuales, instituciones y fenómenos político-sociales. Con este fin, el texto seguirá un orden cronológico, dedicando una sección a cada uno de los espacios donde fue ubicado el museo en cuestión.

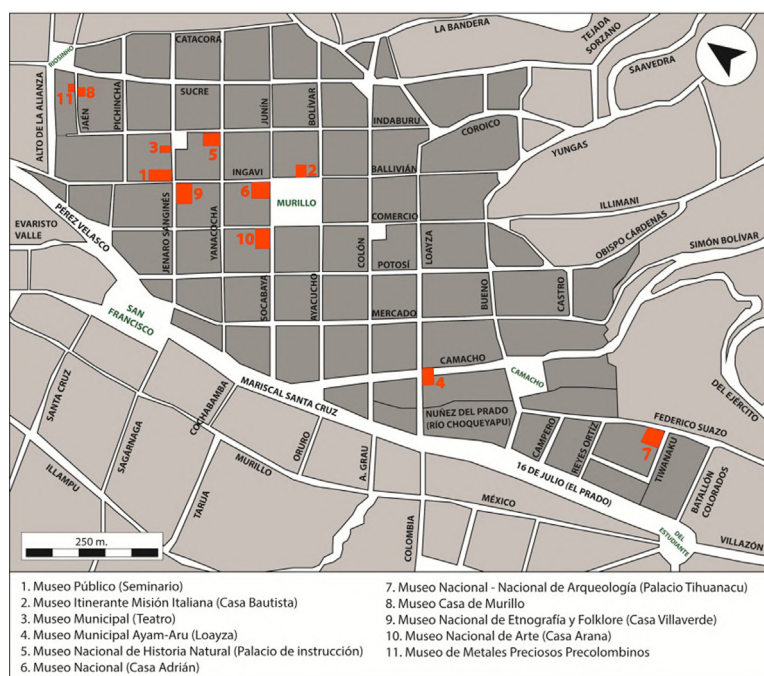


Figura 1. Plano de La Paz con las ubicaciones de los museos mencionados (elaboración propia)

Antecedentes: los museos itinerantes

El primer contacto de la población paceña con una idea incipiente de museo parece haber tenido lugar en el siglo XIX, quizá en relación con las ideas ilustradas de los monarcas de la dinastía de Borbón, que ocuparon el trono español desde 1700. Cavero (2006) apunta que en 1807 arribó a los territorios hoy bolivianos un museo itinerante desde la metrópoli, que presentaba una mezcla de rarezas naturales, piezas arqueológicas mesoamericanas y ejemplos de heráldica borbónica.

No fue este el único museo itinerante en pasar por territorio paceño. Se tiene noticia de al menos uno más, traído por la Comisión Médico-Quirúrgica Italiana formada por Guido Benatti, Vincenzo Logato y Charles Manó entre 1876 y 1877, ya en tiempos republicanos. Irina Podgorny realizó un interesante estudio de esta peculiar misión, cuya función principal era el acopio de antigüedades locales para incrementar —y eventualmente vender— su colección. Este museo se instaló en la Plaza de Armas, hoy Plaza Murillo, en los altos de la casa de un súbdito español de apellido Bautista (Podgorny, 2010: 176). No sabemos la dirección exacta de este inmueble, pero una pista leve permite esbozar una hipótesis: en 1902, el Club de La Paz funcionaba en una casa comprada por Benedicto Goytia al español Ignacio Bautista (Otero, 1925: 740). Goytia la remodeló, y ahí funcionaron el Club de La Paz y posteriormente la Academia Nacional de Historia Militar (Medrano Zegarra, 2014). Entonces, si quien alojó a la Comisión Italiana fue Ignacio Bautista o algún ancestro suyo, el museo itinerante funcionó sobre la calle Ballivián, entre Bolívar y Junín. De todas maneras, a la llegada de este museo ya existía, desde hacía algunas décadas, un museo público estable en La Paz.

El Museo Público del Seminario Conciliar (1838-1883)

La referencia más temprana sobre el primer museo paceño aparece en la *Guía del Viajero en La Paz* (1880) del periodista y escritor Nicolás Acosta (1844-1894), muchas veces replicada por otros autores. Indica que el Museo Público fue fundado en 1838 por el dominico José Manuel Gregorio Indaburu (1787-1844), quien había reunido pacientemente una colección de objetos “pertenecientes a los tres reinos de la historia natural” (Acosta, 1880: 35) para obsequiarla a la ciudad. La Biblioteca Pública se formó también en 1838 (ibídem) y, en sus inicios, museo y biblioteca parecen haber funcionado juntos (Crespo, 1902), lo que permite pensar que la biblioteca también había sido propiedad de Indaburu.

Varios años pasaron desde la donación de la colección y la inauguración efectiva del museo como espacio físico, lo que ocurrió en 1846 (Hertzog, 1946: 1) o 1848 (Crespo, 1902: 187). Las fuentes tempranas, como la *Guía* de Acosta (1880: 35) o el plano de La Paz levantado por Leonardo Lanza en 1877 (figura 2A), ubican a la biblioteca y el museo sobre la calle Ingavi, en la esquina con la calle del Teatro (hoy Jenaro Sanginés). Esta ubicación está ligada fuertemente a la biografía de Indaburu, Obispo de La Paz (1842-1844), primer Cancelario o Rector de la Universidad Mayor de San Andrés (UMSA) en 1832 y director del Seminario Conciliar. El Seminario estaba ubicado en el antiguo claustro de Santo Domingo, precisamente en la esquina ya mencionada, donde hoy funciona la Unidad Educativa México (figura 2B). Todo sugiere que Indaburu formó su colección en 1838 en el edificio del seminario que dirigía y que el museo abrió en ese mismo lugar hacia 1846, a dos años de la muerte del coleccionista. Pareciera entonces que fueron los sucesores de Indaburu en el Obispado y el seminario quienes decidieron abrir su colección al público póstumamente. Así, el primer Museo Público se inauguró bajo control del Obispado de la Arquidiócesis de La Paz.

Otra versión indica que el museo funcionaba en el edificio del Teatro Municipal, es decir justo al lado del seminario, en la esquina de las calles del Teatro y Cruz Verde (hoy Indaburu) (figura 2D). El autor que afirma esto es Hertzog (1946: 1), aunque cien años después de la fundación del museo y sin citar fuentes. El teatro fue inaugurado en 1845 por el presidente José Ballivián (Acosta, 1880: 40), quien fue un entusiasta promotor del museo y la biblioteca pero, como vimos, las fuentes tempranas indican que el museo no funcionó en el edificio del teatro, al menos inicialmente. Sin embargo, existe evidencia de que lo hizo en algún momento: una fotografía del teatro publicada por Mary Robinson Wright (1906: 32) (figura 2C), donde se observa sobre una puerta lateral un cartel que reza: “Museo Municipal”. La fotografía tuvo que ser

tomada años antes de ser publicada, pues en el plano que levanta Crespo en 1902, el museo ya figura en el predio al que fue trasladado en 1885. Dado que Acosta ubica al museo en el seminario aún en 1880, este solo pudo haber funcionado en el edificio del teatro entre 1880 y 1885.



Figura 2. A. Fragmento del plano de La Paz de Lanza (1877) mostrando el teatro (25), el seminario (32) y el museo (26). B. El antiguo Seminario Conciliar, hoy escuela México (foto J. Villanueva). C. El Teatro Municipal cerca de 1885 —elaboración propia en base a una fotografía de Robinson Wright (1906)—. D. El Teatro Municipal actualmente (foto J. Villanueva)

En cuanto al primer director, Hertzog (1946) refiere a Manuel Fernández de Córdova, pero este clérigo chuquisaqueño, obispo de Santa Cruz en la década de 1830, falleció en 1842 (Tauro, 1987). Mucho más fiable es el dato más temprano que consigna a Vicente Pasamán como el primero de una larga lista de veintidós directores entre 1845 y 1902 (Crespo, 1902: 189-190). El doctor Pasamán, quien fuera médico de cabecera del mariscal Andrés de Santa Cruz, fue además fundador de la primera Escuela de Medicina en la UMSA (Acosta, 1880: 33), y por tanto conocido del obispo Indaburu.

Respecto a las colecciones, queda claro que Indaburu reunió un museo de historia natural. Sin embargo, cincuenta años después el museo ya incluía “unos mantos viejos de los últimos incas, algunas flechas y plumas de indios antropófagos y chirihuanos, las cotas de malla de Francisco Pizarro y Alonso de Mendoza, algunas piedras de las ruinas de Tiaguanaco y otros objetos de la época incásica” (Acosta, 1880: 35). Así, había incursionado en materias sociales e históricas; esto sucedió posiblemente ya en 1846, cuando el presidente Ballivián y el prefecto paceño Manuel Guerra ordenaron excavar en Tiwanaku recuperando “ídolos y masas labradas de grande dimensión” (Rivero y von Tschudi, 1939[1853]: 51) que habrían terminado en el museo.

El historiador Luis Severo Crespo (1872-1935) ofrece la descripción más completa de la colección del Museo Público, pero lo hace en 1902, cuando el museo llevaba casi veinte años en otro local. Crespo solo pudo tener recuerdos infantiles y referencias de terceras personas acerca del museo en el seminario o en el teatro. Aun así, es interesante consignar lo que indica: que, sin ser uno de los primeros en su género, el museo adquirió importancia en sus primeros años, y que incluía cerámica antigua

y otros “curiosos y varios objetos de las artes de los *chullpas*,¹ encontrados en los sepulcros de estos, juntamente con sus esqueletos bien conservados” (1902: 187-188). También incluía preciosas muestras de metales, especímenes vegetales que daban idea de la exuberancia y variedad climática boliviana y ejemplares animales que iban desde insectos y aves hasta cuadrúpedos de montaña.

La decadencia del museo en la segunda mitad del siglo XIX es un tema recurrente entre sus historiadores. Acosta testimonia que el repositorio comenzó a desmejorar desde 1857, coincidiendo con el golpe de estado que colocó en la presidencia a José María Linares. Para 1880, cuando el último presidente de la era caudillista, Hilarión Daza, fue derrocado en pleno desastre de la Guerra del Pacífico (1879-1884), habían desaparecido las colecciones de piedras preciosas, de antigüedades peruanas y del reino animal (Acosta, 1880: 727). Crespo culpa de esto, más específicamente, al “sexenio” del dictador Mariano Melgarejo (1864-1871):

Hasta la Administración Achá, aunque todo marchaba a un estado decreciente, se tomaban algunas medidas de precautelar su extravío y de conservar todo en buen estado, pero bajo la Administración del General Melgarejo, la irresponsabilidad amparada por la discrecionalidad, convirtieron al museo en un montón de plumas, cabezas de animales y basura: conservándose en este lamentable estado por muchos años. (Crespo, 1902: 188)

Quizá este descuido por parte del Obispado haya impulsado al Municipio a asumir control del museo luego de la guerra, trasladándolo del seminario al teatro. Sin embargo, nos inclinamos a pensar que fue el Obispado el que decidió reclamar los espacios cedidos al museo y la biblioteca: en el plano de Lanza de 1877, el seminario ocupa solamente un predio intermedio entre el museo y el teatro, mientras que para 1902 ha pasado a ocupar todo el terreno entre el teatro y la esquina de la calle Ingavi. El cambio de tutela y ubicación parece algo abrupto y sugiere alguna desavenencia entre ambas instituciones, pues todo indica que el Municipio trasladó el museo al edificio del teatro solo provisionalmente. La decisión era práctica, pues al ser el teatro una propiedad municipal ubicada justo al lado del seminario, se facilitaba el traslado. Lo cierto es que el museo nacido con el nombre de “Museo Público”, asumió tras su traslado el rótulo de “Museo Municipal” que mantuvo durante las siguientes décadas.

El Museo Municipal “Ayam-arú” de la calle Loayza (1883-1911)

La *Monografía de la ciudad de La Paz de Ayacucho* de Crespo, nuestra fuente más fiable sobre la museística paceña entre 1880 y 1900, consigna que el museo y la biblioteca fueron separados durante la dirección de Antenor Jordán, entre 1875 y 1885 (1902: 190). La Biblioteca Pública pasó al nuevo Palacio de Instrucción, del que hablaremos después. En tanto, el Municipio comenzó a construir en 1883 un edificio nuevo para el museo, estrenándolo el 17 de julio de 1885 (Crespo, 1902: 188).

El edificio se ubicó sobre la calle Loayza, contiguo al Hospital Landaeta u Hospital de Varones, que a su vez estaba al lado de la iglesia de San Juan de Dios. Otra foto publicada por Robinson Wright, titulada “Hospital y Museo de La Paz” (1906: 136) (figura 3B) muestra el aspecto del museo y el lugar donde se ubicaba. La manzana delimitada por las calles Loayza al oeste, Bueno al este, Mercado al norte y por el río Choqueyapu al sur, era por ese entonces la más amplia del centro paceño. La misma fue cortada en dos en dirección este-oeste en 1918, al abrirse la avenida Camacho, que

1. En ese entonces, *chullpa* era un nombre genérico para hacer referencia a los antiguos pobladores del territorio y a sus restos momificados.

conectó el centro paceño con la nueva zona de urbanización proyectada en Miraflores. Por tanto, en 1885 esa cuadra de la calle Loayza era mucho más larga que hoy; la foto de Robinson Wright permite observar la reja de ingreso a la iglesia de San Juan de Dios, seguida por la fachada del hospital y la del museo. El mismo orden se observa en el plano de Crespo (1902) (figura 3A). Esto implica que el terreno del hospital corresponde al que hoy está en la esquina de Loayza y Camacho, ocupado por las oficinas de Boliviana de Aviación. En tanto, el edificio del museo fue totalmente demolido por la nueva avenida (figura 3C); si algo queda de su terreno original, está cruzando la avenida Camacho, donde hoy funciona una sucursal del Banco Unión.

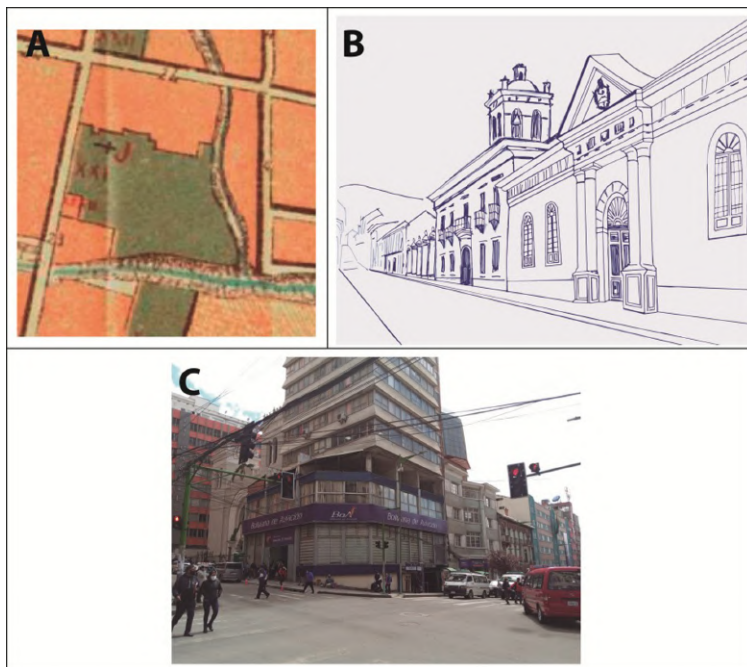


Figura 3.

- A. Fragmento del plano de La Paz de Crespo (1902) que muestra la Iglesia de San Juan de Dios (J), el Hospital Landaeta (XXI) y el Museo Municipal (XXXII). B. El Museo Municipal cerca de 1906 —elaboración propia en base a una fotografía de Robinson Wright (1906)—. C. La avenida Camacho actualmente, cruzando sobre el antiguo terreno del Museo Municipal

Es importante detenerse un poco sobre la fachada de este edificio, el primero diseñado para alojar un museo en La Paz. La fachada presentaba evocaciones griegas, con columnas sosteniendo un pórtico triangular donde se ubicaba —en posición central— el escudo paceño, y en los frisos “figuras copiadas de la arquitectura preincaica” (Crespo, 1902: 187). La fotografía no permite apreciar estos detalles, pero podemos decir que la primera inclusión de imaginería Tiwanaku en el ornato urbano paceño data, según esta descripción, de la década de 1880. Además, sobre el pórtico se leía: “Museo Municipal”; más abajo estas palabras: ‘*Ayam Aru*, que quieren decir ‘la palabra antigua’, según la opinión del etnógrafo aimara don Carlos Bravo” (Crespo, 1902: 187).

La inclusión del término *Ayam Aru*, una hipótesis de explicación etimológica de la época para el término “aymara” es sumamente significativa, como lo es la mención al geógrafo, bibliógrafo y archivero Carlos Bravo (1849-1902). Ambos elementos vinculan al Museo Municipal con el Círculo de aymaristas, una agrupación de elite paceña dedicada al estudio del idioma aymara. El término es tratado originalmente por el filólogo Emeterio Villamil de Rada en su legendario manuscrito *La Lengua de Adán y el Hombre de Tiaguanaco*, escrito en la década de 1870, que estuvo cerca de ser consumido por el incendio del Palacio de Gobierno en 1875 y cuyos remanentes fueron

publicados póstumamente por Nicolás Acosta en 1888. Para el autoctonista Villamil de Rada, el aymara era el origen de todas las lenguas humanas:

Al encumbrarse así el Aymará, oigo ya ésta frívola cuestión de la superficialidad. ¿Dónde están la literatura y monumentos, donde la poesía e historia de esa lengua? En todo el globo, responde ella. Soy el Arquetipo. Formé las lenguas y las naciones. Ejecuté la misión de ayam aru, de levantar la palabra y llevarla. Y soy yo misma la viviente historia que archiva y explica la universal. En mí están toda idea y definición, y toda lógica y poesía. De mi voz se nombran todas las regiones y pueblos de la tierra. En las lenguas que les conferí, están escritos sus libros y dogmas que ahora reviso y explico. ¿No basta esto? (Villamil de Rada, 1888[1872]: 96)

Carmen Beatriz Loza (2017: 307) indica que en 1871, se habían perdido los manuscritos producidos por el círculo aymarista que impulsaba el bibliógrafo José Rosendo Gutiérrez (1840-1883), en un saqueo propiciado por quienes lo denostaban como colaborador de Melgarejo. En 1882, Gutiérrez formó una primera Sociedad de Aymaristas junto con Acosta, Bravo, Agustín Aspiazú y Macario Pinilla, entre otros. Kurmi Soto (2019) identifica un interesante perfil común a estos pensadores: provenían de las regiones yungueñas, ejercían profesiones liberales y ocupaban puestos en el Municipio paceño. Fallecido Gutiérrez, Bravo pasó a dirigir el movimiento, y refiere que en 1893-1894 se formó una Sociedad de Aymaristas aprovechando la visita del investigador alemán Max Uhle (Bravo, 1901: 4). La misma incluía a Acosta, Isaac Escobari y José Emilio de Guerra, entre otros (Loza, 2017: 310). Ya en 1901, este grupo formó la Academia Aymara, donde el interés por las ideas de Villamil de Rada es notorio: en sus primeras sesiones, la Sociedad delega a su presidente Bravo “averiguar el paradero o existencia de los manuscritos dejados por el malogrado filólogo don Emeterio Villamil Rada, para que pueda procurar su adquisición” (Bravo, 1901: 3). No hay más noticias de la actividad de la Academia Aymara, pero dos miembros de este círculo fueron fundadores de la Sociedad Geográfica de La Paz (SGLP) en 1889: Aspiazú como presidente y Bravo como secretario (Costa Arduz, 2005: 28).

En este museo tan vinculado al Municipio y al círculo aymarista se habrían desplegado aquellas colecciones del primer Museo Público que sobrevivieron a la decadencia de los años 1860-1870. La orientación del museo no parece haber cambiado significativamente: resaltaban los ejemplares de fauna, la sección mineralógica, las antigüedades históricas y un “muestuario de tejidos extraños y alfarería incaica” (Crespo, 1902: 188). Algunos ítems muestran continuidad con las colecciones del Museo Público, como una cota de malla de Gonzalo Pizarro y un espadín de Alonso de Mendoza. También se enlista la pistola de Gregorio García Lanza y la casaca del general peruano Agustín Gamarra, esta última seguramente parte de los trofeos de guerra regalados al museo en la década de 1840 por el presidente Ballivián. Las pinturas incluyen al propio Ballivián, la batalla de Ingavi, una serie de retratos de los incas y de Pedro Domingo Murillo, una cabeza del monolito de Tiwanaku, varias *chullpas* y objetos antiguos y una mandíbula fósil encontrada en el yacimiento paleontológico de Ulloma. El museo también pasó a incluir a un toro muy querido por la población paceña, muerto y diseccionado en 1895 (Sotomayor, 1987[1930]: 189). En todo caso, el Museo Municipal duró hasta 1911. Su desaparición se debió al proyecto de apertura de la avenida Camacho pero también al surgimiento de otro repositorio, afiliado a una nueva elite intelectual y política que tomó fuerza tras la Guerra Federal de 1899.

El Museo Nacional de Historia Natural y Manufacturas en el Palacio de Instrucción (1896-1902)

La SGLP no tuvo un funcionamiento fluido durante sus primeros años y fue solo en 1897, tras la muerte de Aspiazu, que se reorganizó a la cabeza de Manuel Vicente Ballivián (1848-1921). Este historiador y geógrafo, hijo del diplomático y bibliógrafo Vicente Ballivián y Roxas, y por tanto emparentado con el propio José Ballivián, se había formado en universidades francesas e inglesas. En contraste con la filología aymarista basada en la “revelación” de Villamil de Rada, con la Academia Aymara forjada en el Convento de la Recoleta, o con la ciencia que el propio Aspiazu combinaba con una fuerte religiosidad, Ballivián perteneció a una nueva generación intelectual que reivindicaba un conocimiento científico positivo de la geografía patria. Bajo su mando, la SGLP ingresó en una era moldeada a semejanza de la *Royal Geographical Society* londinense. Ballivián fortaleció los lazos internacionales y la productividad de su sociedad, emitiendo periódicamente un *Boletín* desde 1898 (Costa Arduz, 2005: 34). Asimismo, entendió la necesidad de conectar a la SGLP con políticos influyentes: sus socios honorarios incluyeron tanto al presidente conservador Severo Fernández Alonso, de Sucre, como a los futuros presidentes liberales Eliodoro Villazón, de Potosí, y José Manuel Pando, de La Paz.

La reorganización de la SGLP estuvo amparada por el ministro de Instrucción Pública de Fernández Alonso, José V. Ochoa, quien otorgó a la sociedad un local propio (Costa Arduz, 2005: 37). El mismo se ubicaba en el Palacio de Instrucción, cuya edificación se había iniciado en 1886 sobre el antiguo convento de Santo Domingo, que ocupa actualmente el Colegio Nacional Ayacucho (figura 4B). El edificio se inauguró en 1898, y aunque fue inicialmente reclamado por el Concejo Municipal, fue pronto declarado propiedad del Estado boliviano (Crespo, 1902: 157). El Palacio de Instrucción constaba de dos cuerpos. En el primero, justo al lado de la iglesia de Santo Domingo, funcionaba el Colegio Ayacucho, mientras en el segundo, sobre la esquina de Yanacocha e Indaburu, funcionaban: “La Oficina Nacional de Inmigración, Estadística y Propaganda Geográfica, con todas sus secciones; la Sociedad Geográfica de La Paz; la Biblioteca Pública, que ocupa dos pisos; y la imprenta del Estado, que funciona en la planta baja del edificio.” (Crespo, 1902: 157) (figura 4A).

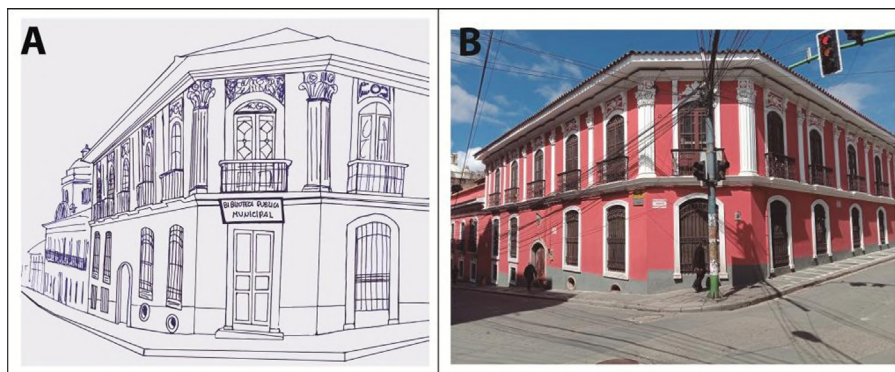


Figura 4. A. La entrada de la Biblioteca Municipal en el Palacio de Instrucción cerca de 1906 —elaboración propia en base a una foto de Robinson Wright (1906)—. B. Esquina del Colegio Nacional Ayacucho actualmente

Esta cita hace referencia a la SGLP funcionando junto con la Oficina de Estadística y Propaganda Geográfica, repartición del gobierno creada en 1896 y encabezada por Ballivián. Entonces, tanto la Oficina de Estadística como la Sociedad Geográfica giraban en torno al mismo influyente personaje. Varios años después, en los *Anales del Museo Nacional*, Ballivián refirió haber creado en 1896, al interior de esta Oficina,

un pequeño Museo “como un elemento objetivo para las informaciones que nos eran solicitadas del Exterior y dentro del país a donde ocurrían viajeros, exploradores, industriales y hombres de ciencia” (1920: 4). Este Museo Nacional de Historia Natural y Manufacturas, el primero creado por el gobierno nacional boliviano, nació con la misión de hacer “propaganda geográfica”. Uno de los principales intereses de Ballivián durante su vida, dada su formación en el exterior y sus ideas liberales, era difundir las riquezas y bondades naturales de Bolivia para atraer inversiones extranjeras.

Así, la afirmación de Iñíguez (1989) de que parte del Museo Público estuvo, durante sus cincuenta primeros años de vida, en el Colegio Ayacucho, es algo inexacta pero no deja de tener algo de cierto. Evidentemente, para entonces el Museo Público se había transformado en el Museo Municipal y funcionaba en la calle Loayza, pero existía otro museo, también público, nacional, operando donde hoy funciona el Colegio Ayacucho. Sin embargo, la estadía de este incipiente museo en ese lugar fue breve. Si el Palacio de Instrucción se inauguró en 1898, el museo, junto con la Oficina de Estadística y la SGLP, se trasladó a otro predio solo cuatro años después, en 1902. Los locales que dejaron esas reparticiones fueron ocupados por el Cancelariato de la UMSA y otras dependencias del Ministerio de Instrucción (Crespo, 1902: 227).

El traslado puede guardar relación con un cambio en la tuición ministerial de la Oficina de Estadística, de la mano de los avatares políticos de entonces. La Oficina, la SGLP y el museo habían recibido inicialmente el cobijo del gobierno conservador, pero con la victoria liberal en la Guerra Federal (1899-1900) cambiaron de tuición y se trasladaron a otro local, ganando visibilidad y prestigio. No hay que dudar de que, aunque mantuvieron buenas relaciones con los conservadores antes de la guerra, Ballivián y el núcleo duro de la SGLP eran, en su gran mayoría, paceños y afiliados al partido liberal.

El Museo Nacional de la Casa Adrián (1902-1919)

Desde julio de 1902, la Oficina de Estadística y la SGLP pasaron a ocupar “la casa Adrián, situada entre la calle Ingavi y la Plaza Murillo.” (Crespo, 1902: 227). El plano de Crespo ubica claramente a la Sociedad Geográfica (número XLIV) en la esquina de las calles Ingavi y Junín (figura 5A), donde se estableció el Club de La Paz en 1923 y donde hoy funciona el Policlínico Central de la Caja Nacional de Salud (figura 5C). La información es muy fiable: para 1902 Luis Severo Crespo era el Secretario de la SGLP (Costa Arduz, 2005: 45-46).

Otras informaciones refuerzan la idea de un cambio de tuición de la Oficina y su museo al iniciar la era liberal. El investigador argentino Salvador Debenedetti, narrando su visita a La Paz en 1910, apuntó que el museo estaba instalado “en el mismo local que ocupa la oficina nacional de fomento” (1912: 639). Ballivián (1920) consigna que el museo fue traspasado a la Dirección Nacional de Estadística y Estudios Geográficos, repartición del Ministerio de Guerra. Al parecer, la casa Adrián pertenecía al Ministerio de Guerra, y en su planta baja se instalaron oficinas dedicadas al fomento, la estadística y estudios geográficos, entre ellas el museo. (Otero, 1925: 727). Una fotografía incluida en el volumen editado por Ricardo Alarcón, *Bolivia en el Primer Centenario de su Independencia* (1925: 20) permite ver la fachada neoclásica de tres plantas con salida a la plaza, aledaña al nuevo tranvía urbano (figura 5B). Así, el Museo Nacional formó parte de la remodelación de la Plaza Murillo en tiempos liberales, compartiendo el paisaje con la Catedral aún en construcción, los Palacios de Gobierno, Legislativo, Prefectural y Arzobispal, el Club de La Paz y el Gran Hotel París.

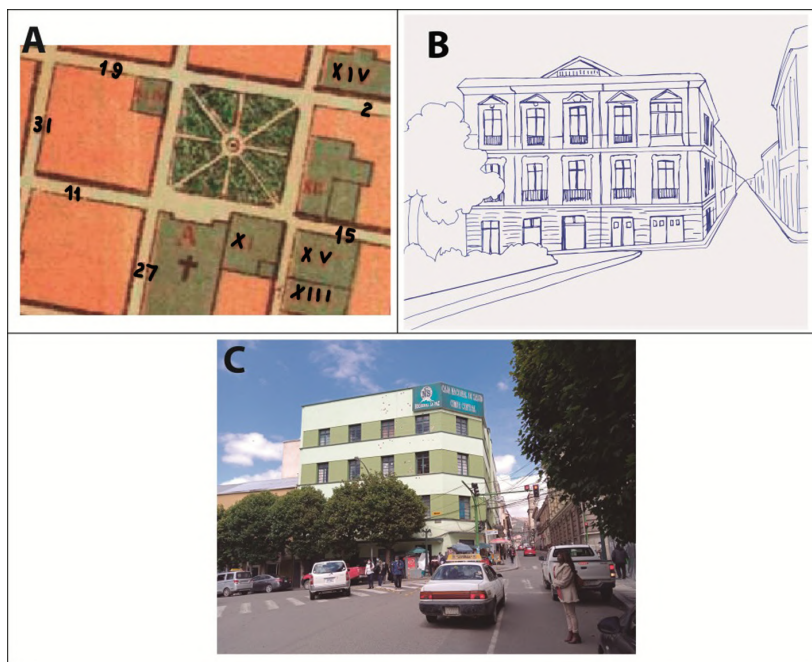


Figura 5. A. Fragmento del plano de La Paz de Crespo (1902) mostrando la ubicación de la Catedral (A), el Palacio de Gobierno (XI), el Palacio Prefectural (XV), el Palacio de Gobierno en construcción (XII), el Palacio Arzobispal (XIV) y la Sociedad Geográfica (XLIV), en torno a la Plaza Murillo. B. Edificio del Museo Nacional cerca de 1925 —elaboración propia en base a Alarcón (1925)—. C. El Policlínico Central de la CNS actualmente, sobre el predio ocupado antes por el museo

En cuanto a las colecciones, el museo pronto se amplió más allá de la historia natural. Para 1907, su director era el botánico alemán Otto Buchtien, quien refiere que el museo tenía las secciones de botánica, zoología, mineralogía, geología, arqueología y su propia biblioteca (Ponce Sanginés, 1994: 43). La arqueología luce nueva e intrusiva en este orden centrado en las ciencias naturales, y esto se debe a dos episodios concretos de incorporación de bienes arqueológicos de los que participó la SGLP. En 1903, arribó a Bolivia la Misión Científica Francesa encabezada por Georges de Créqui-Montfort y Eugène Sénéchal de La Grange, expedición interdisciplinaria que tuvo en el ámbito arqueológico su actuación más controvertida. Los trabajos de excavación en Tiwanaku fueron dirigidos por el geólogo Georges Courty, quien suscribió con el gobierno boliviano el compromiso de entregar todo lo encontrado; sin embargo, evadió el control de las autoridades trasladando a Antofagasta bultos con los mejores hallazgos, para embarcarlos hacia Francia. Entonces, la SGLP gestionó el embargo de estos bultos y su retorno a Bolivia para incorporarlos al Museo Nacional de Historia Natural y Manufacturas (Ballivián, 1904: 8-9). Este episodio parece haber motivado el interés arqueológico de la SGLP:

La “Sociedad Geográfica de La Paz”, bajo los estímulos de su meritorio y dignísimo presidente, el señor Manuel V. Ballivián, en vista del éxito obtenido ya por Courty y otros que antes que este habían enriquecido con objetos arqueológicos los museos europeos, comisionó en varias ocasiones a sus miembros activos, como los señores Posnansky y Buchtien, para explorar y excavar en Tiahuanacu cuanto pudieran. Algunas colecciones hechas por estos dos socios de la nombrada institución, han ido a figurar en nuestro Museo Nacional. (Díaz Romero, 1906: 32)

La cita testimonia la influencia que ejercía Ballivián, ministro de Agricultura y Colonización durante el primer gobierno de Ismael Montes (1904-1908) (Costa Arduz, 2005: 54). Los intelectuales de elite tendían entonces a incursionar en política, y desde esa posición algunos miembros de la SGLP y de la Sociedad de Geografía e Historia de

Sucre (SGHS) impulsaron una normativa patrimonial que les permitiera controlar los sitios arqueológicos, en detrimento de extranjeros, pero también de las comunidades locales. Así, Ballivián, el tarijeño Tomás O'Connor, y el presidente de la SGHS Valentín Abecia, vicepresidente de la República durante la administración de Elodoro Villazón (1909-1912), fueron claves en redactar la *Ley de Régimen legal de Ruinas* de 1909. La misma designaba a las ruinas arqueológicas como propiedad estatal, pero permitía que el Estado delegara su estudio y cuidado a las Sociedades Geográficas.

Asimismo, se percibe la creciente influencia del arqueólogo austrohúngaro Arthur Posnansky (1873-1946), establecido en la Paz desde 1904, sobre Ballivián y la SGLP. En 1910, Posnansky fue delegado al Congreso Internacional de Americanistas de Buenos Aires (Costa Arduz, 2005: 57), luego del cual una comisión de estudiosos formada por Antonio Carlos Simoes da Silva, Robert Lehmann-Nitsche, Eduardo Seeler, Max Uhle y Salvador Debenedetti fue invitada a La Paz y Tiwanaku. En su crónica del viaje, Debenedetti refiere que fueron recibidos por Ballivián y el presidente Villazón, y que les dieron como regalo la obra titulada *Monumentos prehistóricos de Tihuanacu*, que incluye una bibliografía comentada por Ballivián y una descripción del sitio realizada por Posnansky. Asimismo, visitaron el pequeño e interesante museo, que además de las colecciones de zoología, mineralogía y botánica contaba con material arqueológico procedente de distintas localidades de Bolivia, resaltando Debenedetti la colección de cerámica Yura potosina, similar a la de la provincia de Jujuy (1912: 639-640). Así, el acopio de piezas parece exceder el interés por Tiwanaku y ampliarse a otras regiones del país.

Sin embargo, 1911 es un año clave por la fusión de los dos museos que hemos revisado hasta ahora, o más bien la absorción del Museo Municipal de la calle Loayza por el Museo Nacional de la plaza Murillo. Otero (1925: 727) da cuenta de que el municipio entregó su museo al gobierno nacional. En 1913, la dirección de este museo es "Junín 17" (Viscarra, 1913: 230), es decir que el museo fusionado se ubicó en el predio del Museo Nacional, lo que tiene sentido dado que el edificio del Museo Municipal iba a ser demolido. La fusión implicó que el nuevo repositorio incrementara sus colecciones de ciencias naturales y arqueología, e incorporara bienes históricos, etnográficos y artísticos. Ciertamente, el municipio eligió retener algunos bienes en la Biblioteca Municipal; tal es el caso del célebre cuadro del cerco de Tupac Katari a La Paz en 1781 pintado por Florentino Olivares (Sotomayor, 1987[1930]: 332-333).

Así potenciado, el Museo Nacional estuvo involucrado en las mayores misiones estatales de propaganda geográfica. Tal es el caso de la participación boliviana en las Exposiciones Universales de Gante (Bélgica) en 1913 y San Francisco (California, Estados Unidos) en 1915 (Ballivián, 1920). El pabellón boliviano en Gante fue, posiblemente, la primera construcción de estilo neotiwanaakota (Gutiérrez Viñuales, 2003). Su descripción y fotografías (Barrett, 1913: 536-537) (figura 6) muestran que constaba de un cuarto con pinturas costumbristas altiplánicas al que se ingresaba por un pórtico inspirado en la Puerta del Sol de Tiwanaku; al lado de este se exhibían minerales y riquezas naturales bolivianas, rodeando los retratos del ex presidente Villazón y del presidente Montes. La crónica señala al autor intelectual de la obra:

Mucho del éxito del edificio y sus atractivos contenidos se debieron a los esfuerzos del bien conocido hombre de estado Señor Don Manuel V. Ballivián, antes ministro de agricultura de Bolivia, y quien actualmente está empeñado en reunir, en La Paz, uno de los museos más únicos a ser encontrados en el mundo. De esta fuente el edificio en Bruselas [sic] extrajo muchos de sus interesantes rasgos, así como especímenes de los minerales del país y curiosidades. (Barrett, 1913: 536, traducción nuestra)



Figura 6. Pabellón boliviano en la Exposición Universal de Gante en 1913.
Elaboración propia en base a fotografías de Barrett (1913)

No hemos encontrado registros acerca de quién diseñó el pabellón, pero parece ser aún temprano para los arquitectos emblemáticos del estilo neotiwanakota de las décadas de 1930 y 1940, como Julio Mariaca Pando o Emilio Villanueva. Es probable que el diseño haya provenido de Posnansky, con formación de ingeniero y cierta aptitud artística, y constructor del “Palacio Tihuanacu”, una de las muestras más tempranas de este estilo en La Paz, inaugurado en 1917. Para 1917, Posnansky ya era el vicepresidente de la SGLP, y proyectó junto con Ballivián una Comisión Internacional de arqueología, geodesia, antropología, paleozoología, geología, botánica, antropometría, folclore, lingüística, conservación y recuperación (Costa Arduz, 2005: 68). Así, los intereses de ambos habían excedido los límites de la historia natural, adoptando un énfasis geográfico integral que Ballivián exhibe bien casi al final de su vida, en una retrospectiva sobre su Museo Nacional: “Figura en nuestra instalación igualmente, cuanto en excavaciones que practicamos y en numerosas investigaciones, interesantes objetos de la prehistoria, arqueología, paleontología, etnografía, antropología, etc., cuanto era menester exhibir para formar idea cabal de Bolivia” (Ballivián, 1920: 5).

El Museo Nacional Tihuanacu antes de la Revolución Nacional (1919-1952)

Es probable que la fusión de los museos Municipal y Nacional en 1911 haya impulsado la construcción de un nuevo edificio. Ya en 1912, el gobierno de Villazón, aliado de la SGLP, había otorgado un terreno “cercano a la Avenida 16 de julio”, para este fin y el Congreso había votado una ley para su construcción, que no fue autorizada por el siguiente gobierno, el segundo de Montes (1913-1916), que además ordenó clausurar un anexo de Prehistoria y Antropología del museo organizado por Posnansky (Ballivián, 1920: 5). Dado que Montes había sido siempre aliado de Ballivián, sorprende la hostilidad de su gobierno hacia estos proyectos, pero es probable que la causa fuera Posnansky. El austriaco era amigo de los hermanos Bautista y Abdón Saavedra, quienes en 1915 abandonaron el partido Liberal dirigido por Montes para formar su propio frente opositor, el Partido Republicano.

Es posible que el terreno en cuestión haya sido aquel donde Posnansky construyó luego el Palacio Tihuanacu (figura 7), a solo una cuadra de la avenida 16 de julio o El Prado. La obra fue arrendada en 1919 al gobierno de Gutiérrez Guerra (Ponce Sanginés, 1994: 44), para alojar al que desde entonces pasaría a llamarse Museo Nacional Tihuanacu o Museo Tihuanacu, bajo dirección del propio Posnansky. Aquí

una descripción temprana de esta estructura sobre la calle Tiwanaku, donde hoy funciona el Museo Nacional de Arqueología:

El palacio Tihuanacu es un vistoso edificio, ornamentado por evocaciones arquitectónicas al estilo de los monumentos de la milenaria metrópoli andina. Campean allí como líneas principales del edificio el signo escalonado, las cabezas de puma, y otros elementos que forman el distintivo especial del estilo tihuanacota. Consta de dos pisos y un subsuelo. En los dos pisos se encuentra instalado el Museo, y en el subsuelo funciona la biblioteca y el auditorium de la Sociedad Geográfica de La Paz. (Otero, 1925: 727)

Al parecer, el museo había sido diseñado para albergar también a la SGLP. Sin embargo, el traslado de la sociedad al nuevo espacio fue problemático por las circunstancias: entre 1920 y 1921 tuvieron lugar el golpe republicano de Bautista Saavedra y el deceso de Ballivián. Posnansky vio fortalecida su posición con sus amigos en el gobierno, manteniéndose a la cabeza del museo y vendiendo definitivamente el Palacio Tihuanacu al Estado. Para 1925, en los festejos del Centenario de la República, Saavedra creó al interior del museo un Departamento Científico de Etnografía (Ruiz *et al.*, 1987). En el volumen de celebración del centenario, Gustavo Adolfo Otero brinda el mejor recuento de las colecciones y salas del Museo Nacional Tihuanacu bajo dirección de Posnansky. Por un lado, el museo mantuvo sus exposiciones de flora, fauna y mineralogía. También presentaba arqueología, destacando los monolitos de Tiwanaku; sin embargo, la diferencia con descripciones de décadas previas es la inclusión de “objetos de carácter etnográfico, procedentes de las misiones indígenas del Territorio nacional de Colonias del N.O., del Chaco, Santa Cruz, Apolo, etc., etc.” (Otero, 1925: 727-728). La reglamentación del museo en 1925 indica que las secciones del museo eran “geología y paleontología, mineralogía, botánica, anatomía, zoología, antropología, etnografía, arqueología, historia general, numismática, cerámica e indumentaria” (Ponce Sanginés, 1994: 48). El registro fotográfico que presenta Otero (1925: 813) muestra cerámica y metales arqueológicos principalmente de Tiwanaku, minerales, vestimenta y armas etnográficas del Chaco y plata repujada colonial. Todo esto apunta a que la fusión entre las colecciones etnográficas, históricas y numismáticas del Museo Municipal y las de historia natural y arqueología del Museo Nacional habían permitido montar una museografía bastante completa.



Figura 7. El Palacio Tihuanacu inaugurado en 1917, hoy sede del MUNARQ

Sin embargo, el poder que disfrutó Posnansky durante el saavedrismo tuvo su contraparte al debilitarse su posición en la SGLP tras fallecer su principal defensor, el venerable Manuel Vicente Ballivián. Entonces Rigoberto Paredes, Víctor Muñoz Reyes, Ismael Sotomayor y otros rivales de Posnansky al interior de la SGLP, iniciaron una controversia pública acerca del traslado de la biblioteca de esta entidad al Palacio Tihuanacu; las acusaciones sobre la pérdida de libros terminaron alejando a Posnansky de la Sociedad en 1926 (Costa Arduz, 2005: 77-78). Al asumir la presidencia del país Hernando Siles, poco afín a los hermanos Saavedra, Posnansky también fue relevado de la dirección del museo en favor de Belisario Díaz Romero (1870-1940), también miembro de la SGLP y autor de la narrativa arqueológica del origen atlante ario de Tiwanaku dominante en las primeras décadas del siglo. Asimismo, para 1930 se registra que el museo dependía nuevamente del Ministerio de Instrucción (Sotomayor, 1987[1930]: 333); desconocemos si este nuevo cambio de tuición se dio con el traslado del repositorio al nuevo local, con la muerte de Ballivián, con el alejamiento de Posnansky o con la llegada de Díaz Romero. En cualquier caso, el museo mantuvo esa tuición institucional hasta 2009.

Jedu Sagárnaga (2002) ha recopilado la lista de directores del Museo Nacional, que sugiere bastante inestabilidad institucional desde fines de la década de 1920. José Agustín Morales asumió en 1928, Adolfo Flores en 1930, Luis Hertzog en 1931, Alberto de Villegas en 1932 y José Eduardo Guerra y Antonio de Sainz entre 1933 y 1936. Esta inestabilidad puede deberse en gran medida a la crisis económica de la década de 1930 y a la Guerra del Chaco (1932-1936). Por motivos que desconocemos, Sagárnaga no incluye en su lista a María Luisa Sánchez Bustamante de Urioste, que otros autores (Díez de Medina, 1954; Sánchez, 2019) ubican como directora del Museo alrededor de 1933. Esta notable feminista, fundadora del Ateneo Femenino de La Paz y de la revista *Eco*, luego militante del Partido de Izquierda Revolucionaria (PIR) (Sánchez, 2019: 127), poseía en su elitesca residencia de Calacoto una importante colección arqueológica privada (Díez de Medina, 1954: 19-21). Si bien se han realizado semblanzas de los aportes, largamente invisibilizados, de arqueólogas como Teresa Gisbert, Julia Elena Fortún o Geraldine Byrne de Caballero (Sánchez y Rivera, 2016), estas mujeres actuaron a partir de 1950. En ese sentido, Sánchez Bustamante es una figura particularmente temprana abriendo espacio para las mujeres en un contexto fuertemente patriarcal.

Tras la guerra, en 1936, asumió la dirección Maks Portugal Zamora (1907-1983), un joven artista y arqueólogo. Portugal compartía con De Villegas y Hertzog un ideario político indigenista. De Villegas fue el impulsor de la Semana Indianista de 1931 (Stefanoni, 2012), mientras Hertzog y Portugal participaron del proyecto experimental de la Escuela Normal Indígena de Warisata (Portugal Ortiz, 2005[1994]). De manera directa o indirecta, los tres estuvieron vinculados a la nueva Sociedad de Arqueología de Bolivia (SAB) creada por Posnansky en 1930 (Browman, 2007), como respuesta a su alejamiento de la SGLP; De Villegas era miembro, mientras Hertzog estaba ligado a través de su hermano Enrique, y Portugal a través del indigenista Alberto Laguna Meave, a quien conocía de Warisata. En todo caso, durante la década de 1930 el Museo Nacional Tihuanacu abandonó el ideario liberal que encarnó la SGLP de Ballivián, y adoptó un énfasis indigenista-telurista que promovían, en gran medida, Posnansky y su SAB.

Paralelamente, la SGLP disminuyó notablemente su acción; un factor mayor parece ser que Paredes, Muñoz Reyes, Crespo, Sotomayor y otros fundaron su propia agrupación de alcance nacional, la Academia Boliviana de Historia (ABH), en 1929 (Molina, 1999). Carmen Beatriz Loza (2008) relata una historia fascinante en torno a la excavación del monolito Bennett en Tiwanaku y su traslado a La Paz en 1932. Posnansky, Portugal, Hertzog y De Villegas formaron parte del equipo que ayudó al arqueólogo estadounidense Wendell C. Bennett en la excavación y apoyó el traslado,

actuando del lado del gobierno del presidente Daniel Salamanca (1931-1934), cuyo interés en trasladar la estela se centraba en fomentar sentimientos nacionales ante la proximidad de la guerra. En tanto, la SGLP y la ABH se posicionaron del lado contrario, encabezando a la elite liberal paceña.

Hacia 1937, Portugal Zamora y Sánchez Bustamante realizaron una nueva excavación del Museo Nacional, esta vez en el sitio de Chiripa que por entonces formaba parte de la hacienda de otra coleccionista de materiales arqueológicos, Hortensia Peña de Iturralde (Díez de Medina, 1954; Bandy, 1999). Portugal Zamora también levantó un nuevo inventario en 1938; para entonces el museo comprendía especímenes de geología, mineralogía, botánica, zoología, antropología, historia y arqueología (Portugal Ortiz, 2005[1994]), por tanto, no mucho parece haber cambiado en términos de discurso museológico. El museo parecía ser lo suficientemente importante como para estar sujeto a los vaivenes políticos de la convulsa posguerra boliviana: Portugal fue el director durante los gobiernos de David Toro y Germán Busch, militares nacionalistas de la “generación del Chaco”. Como tal, fue retirado en 1939, cuando la reacción oligárquica y liberal tras la muerte de Busch terminó con el ascenso de Enrique Peñaranda a la presidencia. Durante ese gobierno, el director fue el naturalista francés Jean Vellard, sugiriendo que las temáticas arqueológicas habían pasado a ser mal vistas por los liberales. Sin embargo, con el golpe nacionalista encabezado por Gualberto Villarroel en 1943, el museo volvería al bloque indigenista, esta vez en la persona de Luis Hertzog.

Estas afiliaciones intelectuales y políticas también presentaban tonos grises: derrocado y asesinado Villarroel en 1946, las elecciones encumbraron en el poder al bando liberal a la cabeza de Enrique Hertzog quien, sin embargo, era miembro de la SAB y hermano de Luis. Posnansky había aprendido bien de Ballivián a incorporar políticos influyentes en sus instituciones académicas. Naturalmente, Luis Hertzog mantuvo su puesto de director y celebró el centenario del museo con una publicación de homenaje en 1946. Esta obra presenta un vistazo fotográfico a las secciones del museo, que permite notar importantes ítems de orfebrería prehispánica en oro, *chullpas* completas, tejidos contemporáneos y prehispánicos, alguno claramente incaico; una sección etnográfica donde destaca una gran máscara de la danza del *Jach'a Tata Danzanti*, muy similar a las que hoy posee la colección del MUSEF; lienzos de origen colonial y republicano, una colección de fósiles y animales disecados, entre otros. Un anuncio publicado en dicho libro indica que el museo pertenece al Ministerio de Educación, Bellas Artes y Asuntos Indígenas, que es la denominación más moderna del Ministerio de Instrucción. Asimismo, nombra como sus primeras secciones las de etnografía, arqueología y antropología (en ese momento, presumiblemente antropología física), seguidas por entomología, herpetología, mastozoología, paleontología, mineralogía, petrografía, numismática, arte colonial y una biblioteca. Indica que el museo compraba objetos arqueológicos, monedas y medallas, tejidos indígenas, ejemplares de fauna y flora, y publicaciones, y que aceptaba donaciones.

Hertzog apuntó como subdirector al paleontólogo y antropólogo orureño Manuel Liendo Lazarte (1906-1970) y como secretario al artista y arqueólogo Gregorio Cordero Miranda (1922-1979) (Sagárnaga, 2002). Esta tríada lograría que el museo transitara con notable estabilidad los años de fuertes cambios que siguieron a la Revolución Nacional. La figura clave en ese sentido fue Liendo, quien proveyó una larga transición entre el grupo afiliado al indigenismo telurista posnanskiano, representado por Hertzog, y la nueva generación de arqueólogos nacionalistas de la que formará parte, decididamente, Cordero. En 1949, Hertzog falleció de una enfermedad contraída en un viaje a Warisata; Liendo asumió la dirección y con ella, en 1951, un asiento en la SAB que, fallecido Posnansky en 1946, lideraba Alberto Laguna Meave (Browman, 2007). Liendo dirigió el Museo Nacional Tihuanacu por más de

una década y su logro mayor fue la adquisición definitiva en 1949 de la colección privada de Agustín de Rada (Sagárnaga, 2002).

La colección De Rada estaba desplegada en uno de los museos privados que hizo más sombra al Museo Nacional durante las décadas liberales. Otero dice de este museo:

(...) es tanto por la multiplicidad de sus secciones como por la calidad y conservación de sus piezas, uno de los más interesantes que existen en materia de arte americano, todo ello dispuesto dentro de un escrupuloso concepto cronológico, que permite al visitante recorrer sin solución de discontinuidad la historia y proceso de nuestro continente, desde la época paleontológica, hasta el coloniaje. Las secciones principales del Museo son las siguientes: Prehistoria, etnografía, coloniaje, numismática, época actual, filatelia y otras. (1925: 178)

El museo De Rada fue cedido al Museo Nacional en 1941, aunque su donación solo se hizo efectiva tras fallecer el coleccionista en 1944. De todas maneras, esta no era la única competencia privada del Museo Nacional. En el volumen de homenaje al IV Centenario de la Fundación de La Paz se consigna a los museos Tihuanacu (nacional), Rada y Diez de Medina. Las colecciones arqueológicas parecían ser el fuerte de este último, propiedad del coronel Federico Diez de Medina (Fernández, 1948: 309).

Tanto De Rada como Diez de Medina habían sido miembros de la SGLP durante sus años dorados aunque, tras el cisma de 1926, el primero se afilió a la ABH y el segundo a la SAB (Molina, 1999; Costa Arduz, 2005; Browman, 2007). Al parecer, para las décadas de 1930 y 1940, el museo Diez de Medina ubicado en el nuevo y elitesco barrio de Sopocachi, con su colección especializada, su cuidado orden de disposición y su elaborada museografía, eclipsaba al Museo Nacional. Como muestra, Posnansky escribió en el libro de visitas del museo:

Si alguna colección de objetos antiguos puede llamarse “museo”, esta es la del Coronel Federico Diez de Medina. Asombra pensar que un solo hombre hubiera podido, en un espacio relativamente corto de 30 años, coleccionar y clasificar tantas y tan variadas piezas de inmenso valor histórico. Es lo más valioso que se ha reunido en Bolivia en arqueología. Lejos del hacinamiento de otras colecciones, ésta constituye un sistema orgánico y coherente, que abarca desde las armas y utensilios primitivos del hombre americano de las cavernas hasta las manifestaciones superiores de la culminación de la cultura de Tiwanacu. (Querejazu Lewis, 1983: 145)

La transición hacia el Museo Nacional de Arqueología (1952-1961) y los herederos del Museo Nacional

La Revolución Nacional de 1952, encabezada por una nueva elite intelectual nacionalista organizada en torno a la figura de Víctor Paz Estenssoro, implicó giros abruptos en el quehacer político y económico del país. Marcó el fin del estado oligárquico liberal con la estatización de los recursos mineros, e incorporó a la población indígena como ciudadana de pleno derecho mediante la reforma agraria y el voto universal. En términos de política cultural, de 1920 a 1940 el indigenismo fue gradualmente reemplazado por una concepción “nativista” (Ponce Sanginés, 1979[1975]), por la cual todos los bolivianos, pertenecientes o no a comunidades indígenas, debían formar un bloque nacional y antiimperialista contra las oligarquías liberales, culturalmente afines a potencias extranjeras. A nivel de políticas científicas, estas ideas se expresaron en la fundación de la Academia Nacional de Ciencias (ANC) en 1960. La misma causaría una notoria disminución en la actividad de las sociedades científicas, consideradas resabios de elites liberales. En muchos sentidos, la Bolivia que había dado forma al

Museo Nacional tras la Guerra del Pacífico se disolvió rápidamente. Esto implicó que el museo se transformara de acuerdo con los nuevos lineamientos nacionalistas, pero este proceso fue gradual gracias a las figuras de Liendo Lazarte y Cordero Miranda.

Efectivamente, el surgimiento de una ciencia nacionalista poco después de la Revolución brindó especial atención a la arqueología. Esto no es casual: la cultura de Tiwanaku había sido situada por los primeros intelectuales nacionalistas como Jaime Mendoza (1935) o Carlos Montenegro (1982[1944]) como el núcleo de origen de la nación boliviana. Este énfasis arqueológico encarnó en dos jóvenes intelectuales nacionalistas: el arqueólogo Carlos Ponce Sanginés (1925-2005) y la arqueóloga, etnógrafa y folklorista Julia Elena Fortún (1929-2016). Ponce tomó el control de la Oficialía Mayor de Cultura en la Alcaldía de La Paz, desde donde organizó junto con Dick Ibarra Grasso, un pionero de la arqueología y la museística en los valles interandinos, una primera Mesa Redonda de Arqueología Boliviana en 1953 (Ponce Sanginés, 1957). Paralelamente, en el Ministerio de Educación, Fortún organizó un Consejo Consultivo en arqueología (Browman, 2007). En ambas instancias, Ponce, Fortún, Ibarra Grasso o Leo Pucher de Kroll compartieron el espacio con miembros de la SAB como Diez de Medina, Laguna Meave, Liendo Lazarte, Leonardo Branisa, Antonio Sempere o Carlos González Bravo. Es incorrecto pensar que la revolución implicó la caída definitiva de la SAB. Como muestra, el Ministro de Educación, Fernando Diez de Medina, era hijo del coronel Federico.

También estaban presentes, en ambas instancias, dos figuras transicionales: Maks Portugal Zamora y Gregorio Cordero Miranda. Durante la década de 1940, Portugal había sido el principal impulsor de los museos municipales, formando en 1949 el museo Casa de Murillo donde se acopió una importante colección de arqueología paceña. Tras la revolución, formó parte del equipo encabezado por Ponce, que intentó crear un Museo Municipal de la Cultura llamado Emeterio Villamil de Rada (Gutiérrez, 1954), en un interesantísimo guiño al filólogo aymara que había inspirado a los aymaristas al crear el Museo Municipal de 1885. Incluso se especuló sobre la posibilidad de que este museo absorbiera al Museo Nacional Tihuanacu (Honorable Alcaldía Municipal de La Paz-HAM, 1953). Esta situación acercó significativamente a Portugal, entonces cercano a los cincuenta años, a sus jóvenes colegas nacionalistas.

Por otro lado, Cordero Miranda era contemporáneo de Fortún y Ponce, y había colaborado con este último en la década de 1940 ilustrando su primera publicación sobre cerámica Tiwanaku. Ponce, Fortún y Cordero fundaron el Centro de Investigaciones Arqueológicas en Tiwanaku (CIAT), que en 1953 inició un ambicioso programa de excavaciones en el emblemático sitio. Sin embargo, Cordero también era subdirector del Museo Nacional. En 1957, Ponce reseñó que el Museo Nacional había adquirido centenares de piezas prehispánicas, 300 de Sora-sora, 62 de Calcha, 25 de Mizque, y había recibido además la colección del arqueólogo sueco Stig Ryden, formada durante sus trabajos en las provincias Saavedra y Muñecas. Para entonces, el Departamento de Folklore creado por Fortún en el Ministerio de Educación se había ampliado a Departamento de Arqueología, Etnografía y Folklore, absorbiendo al Museo Nacional Tihuanacu (Ponce Sanginés, 1957; Sáenz, 2017). En 1958, el CIAT pasó a funcionar en el edificio del museo.

También datan de esos años las primeras conversaciones con Diez de Medina para la adquisición de su colección particular, que solo se concretaría tras la muerte del coronel en 1961 (Querejazu Lewis, 1983). Coincidentemente, otro importante coleccionista de décadas previas, el joyero alemán Fritz Buck, falleció el mismo año (Sagárnaga, 1987). Es posible que estos hechos hayan motivado, en parte, la transformación del Museo Nacional en 1961, cuando se especializó en arqueología con el nombre de Museo Nacional de Arqueología (MUNARQ) a la cabeza de Cordero. Sagárnaga (2002) apunta que

en ese momento, el museo pasó a desplegar sus colecciones en las salas Tiwanaku, posTiwanaku, Inka, de metalurgia, de lítica y de etnografía. La historia posterior del MUNARQ, que pasó en 2009 a tuición del Ministerio de Culturas y que hoy es una repartición del Ministerio de Culturas, Descolonización y Despatriarcalización, excede los límites de este artículo. Basta decir que se nutrió significativamente de los trabajos arqueológicos realizados por el Instituto Nacional de Arqueología (INAR) fundado por Ponce en 1970. Cordero lo dirigió hasta su muerte en 1979, cuando lo sucedió el hijo de Portugal Zamora, Max Portugal Ortiz (1941-1999). El museo cerró en 1977 por remodelaciones y reabrió en 1983 con una nueva museografía que incluía a la colección Diez de Medina. Así, las colecciones arqueológicas del viejo Museo Nacional, la colección Diez de Medina y aquellas copiadas por trabajos arqueológicos de campo forman la base de lo que, aún hoy, presenta el MUNARQ. Curiosamente, la colección Buck tendría otro destino: en 1983, junto con las colecciones arqueológicas del museo Casa de Murillo, pasó a formar el Museo Municipal de Metales Preciosos Precolombinos (MMPP) (Sagárnaga, 1987).

Este epílogo no estaría completo sin considerar el destino de las colecciones no arqueológicas de las que se desprendió el Museo Nacional Tihuanacu al especializarse en arqueología. Cavero (2006) consigna que las mismas pasarían al Museo Nacional de Arte (MNA), a la Casa de Murillo, al Museo de Cochabamba² y al Museo del Instituto Médico de Sucre. Asimismo, el Museo Nacional de Historia Natural (MNHN) se formó en base a la colección paleontológica Echazú, cedida por el Museo Nacional. Entonces, la especialización arqueológica del museo hacia 1960 implicó una explosión de nuevos museos nacionales especializados en otras materias.

Sin duda, dejando de lado al MUNARQ, el repositorio más importante que emergió de este fenómeno es el que recibió las colecciones etnográficas. Como vimos, en 1961 el MUNARQ incluía aún una sala de etnografía, pero el surgimiento de un museo especializado en esa materia tendría que ver, una vez más, con la actuación de Julia Elena Fortún, interesada particularmente en esta temática. Ella ya había argumentado a favor de la creación de un repositorio de artes populares en la alcaldía paceña (Fortún, 1956), pero encontró mayor eco en el Ministerio de Educación, cuando dirigió al ministro Diez de Medina el artículo “Necesidad de organizar un Museo de Arte Popular” (Eyzaguirre, 2012). El lugar elegido para este nuevo repositorio fue la casa Villaverde, ubicada en la esquina de las calles Ingavi y Jenaro Sanginés (figura 8A), un inmueble patrimonial adquirido por el Ministerio de Educación en 1948, donde el célebre pintor Cecilio Guzmán de Rojas había desarrollado la Pinacoteca Nacional (Iñíguez, 1989). La Pinacoteca, germen del Museo Nacional de Arte (MNA), se trasladó entonces a la casa Arana en la esquina de las calles Comercio y Socabaya (figura 8B), donde funciona hoy dicho museo.

En tanto, el nuevo Museo de Arte Popular y Artesanías comenzó a funcionar en 1962, dirigido por el sociólogo rural Manuel de Lucca. El volumen de homenaje a los 25 años de este repositorio explicita que en ese momento, el museo recibió piezas del Museo Tiwanaku (Ruiz *et al.*, 1987), incluyendo, según Eyzaguirre (2012), algunas de la colección Diez de Medina, probablemente aquellas de etnografía y arte popular. A partir de esa base, el que en 1974 pasó a denominarse Museo Nacional de Etnografía y Folklore (MUSEF) incrementó sus colecciones mediante nuevas estrategias, sobre todo los concursos y exposiciones-ventas de núcleos artesanales durante la dirección de Luis Zeballos Miranda (1964-1969) y las misiones interdisciplinarias de campo entre poblaciones indígenas de tierras altas y bajas durante la larga dirección de Hugo Daniel Ruiz (1969-1996).

2. Asumimos que se refiere al Instituto de Investigaciones Antropológicas y Museo de la Universidad Mayor de San Simón (INIAM-UMSS).



Figura 8. A. La Casa Villaverde, hoy sede del MUSEF. B. La Casa Arana, hoy sede del MNA

El MUSEF pasó a depender del Banco Central de Bolivia en 1974 y, junto al MNA y otros repositorios del país, de la Fundación Cultural del Banco Central de Bolivia (FC-BCB) desde 1996. Esto le permitió contar con recursos técnicos y financieros mayores que los del MUNARQ, que hasta hoy permanece dentro del sistema ministerial, o que los del MMPP en el sistema de Museos Municipales. De este modo, el MUSEF pudo realizar grandes ampliaciones de infraestructura durante la dirección de la arquitecta Elizabeth Torres, adquirir significativas colecciones y captar donaciones de objetos etnográficos, históricos y arqueológicos, que serían clave en la transformación de su planteamiento museístico a partir del concepto de cadena operatoria desde 2013, bajo la dirección de Elvira Espejo. Sin embargo, esta historia más reciente pertenece a un momento histórico distinto, centrado en los paradigmas de la descolonización, la plurinacionalidad y la interculturalidad que se fueron desarrollando gradualmente entre 1980 y 1990, cristalizando ya en el nuevo siglo en la nueva Constitución Política del Estado Plurinacional de Bolivia. La misma ha sido recorrida en mayor detalle en otros lugares (Villanueva, 2020).

Conclusiones

El museo del que hemos hablado a lo largo de estas páginas, entendido como una serie de colecciones en constante movimiento, incremento o incluso decrecimiento, alojada en espacios diversos y asociada con diferentes instituciones y personas, forma la columna vertebral de la historia de la museística paceña y, en gran medida, boliviana. Podemos reconocer, a grandes rasgos, cuatro momentos en su desarrollo. Inicialmente, entre 1838 y 1883, el llamado Museo Público estuvo en manos del Obispado paceño, se ubicó en el edificio del Seminario Conciliar y su colección fue de ciencia natural, incorporando con el tiempo trofeos de guerra, ítems históricos, arqueológicos y etnográficos.

En un segundo momento, entre 1883 y 1911, este museo pasó a manos del Municipio paceño con el nombre de Museo Municipal, y con influencia notable del Círculo Aymarista; funcionó provisionalmente en el Teatro Municipal y posteriormente en el hoy desaparecido edificio de la calle Loayza, e incluyó, además de lo que quedó del Museo Público, ítems etnográficos, de historia paceña, arte colonial y republicano.

El tercer momento se sobrepone levemente al segundo: desde 1889 hasta 1919, funcionó un Museo Nacional de Historia Natural como parte de la Oficina de Estadística y Propaganda Geográfica en el llamado Palacio de Instrucción, que fue el primero de índole estatal y estuvo fuertemente ligado a Manuel Vicente Ballivián y su Sociedad Geográfica de La Paz, representativa del pensamiento liberal en Bolivia. Este museo pasó a depender del Ministerio de Guerra y se trasladó en 1902 a la casa Adrián, en

plena plaza Murillo, creciendo en importancia y prestigio hasta absorber al Museo Municipal en 1911; comenzó a otorgar especial interés a la arqueología y, al incorporar las colecciones municipales, se transformó en un repositorio multidisciplinario de ciencia social y natural: el Museo Nacional.

Finalmente, el cuarto momento inició en 1919 con el retorno del museo al Ministerio de Instrucción y su traslado al Palacio Tihuanacu, pasando a llamarse Museo Nacional Tihuanacu o Museo Tihuanacu; este museo estuvo bajo control directo o indirecto de Arthur Posnansky y su Sociedad Arqueológica de Bolivia, girando de una postura política liberal hacia el indigenismo y el telurismo; prestó énfasis creciente a la arqueología adquiriendo las potentes colecciones de Rada en los años 40 y Diez de Medina en los 60. Tras la Revolución Nacional de 1952, el museo realizó una transición hacia el nacionalismo y su énfasis arqueológico se incrementó hasta su total especialización en 1961. Con ello, el Museo Nacional dejó de existir, dejando como sus principales herederos al MUNARQ, que se mantuvo en el sistema ministerial, y al Museo Nacional de Arte Popular y Artesanías, hoy MUSEF, que integra la Fundación Cultural del Banco Central de Bolivia.

Esta narración acerca de los avatares del Museo Nacional permite otorgar profundidad histórica a las colecciones que los mayores repositorios nacionales de la actualidad albergan y exhiben, y visibilizar las circunstancias políticas, sociales e históricas en las cuales estas colecciones incrementan y decrecen, se fusionan y se dividen. Permite que estos museos se reconozcan como herederos de un legado histórico de larga data y que recobren la memoria de los edificios hoy esparcidos por el paisaje de una ciudad de La Paz en cambio constante. Asimismo, permite reconocer los aportes hechos por importantes hombres, mujeres e instituciones dedicados al quehacer museístico, pero también brinda herramientas para un análisis crítico de los contextos e ideologías que se encuentran detrás de los desarrollos museísticos heredados, y para su transformación acorde a los contextos contemporáneos.

Así, es interesante considerar que a lo largo de su trayectoria histórica, el museo fue concebido de distintas maneras: primero fue un gabinete de rarezas y curiosidades y quizá una suerte de templo cívico-histórico paceño. Posteriormente, se transformó en una herramienta de propaganda geográfica para atraer inversores extranjeros en tiempos liberales y, gradualmente, conforme tomaban forma idearios indigenistas y nacionalistas, en un espacio pedagógico de glorificación de la “bolivianidad” pretérita, o quizá de representación de la “otredad” indígena al interior de la nación. Las cargas de colonialismo interno presentes en el ideario liberal, indigenista y nacionalista continúan planteando desafíos a las instituciones museísticas en una Bolivia Plurinacional, donde los museos deben constituirse en espacios vivos de encuentro, donde diversos conocimientos y voces acerca del pasado y el presente confluyan e interactúen. Reconocer estos pesados legados históricos constituye un paso esencial para analizarlos críticamente y revertirlos gradualmente.

Agradecimientos

Agradezco a la Directora del MUSEF, Elvira Espejo, por autorizar la realización de esta investigación al interior de las líneas de trabajo del museo. Asimismo, a Milton Eyzaguirre y al equipo de Biblioteca del MUSEF por facilitar el acceso a numerosa bibliografía; a Gabriela Behoteguy por compartir conmigo varios documentos de importancia, y a Vanessa Calvimontes por el apoyo y aliento constantes.

Bibliografía citada

- » Acosta, N. (1880). *Guía del viajero en La Paz*. La Paz, Imprenta de la Unión Americana.
- » Alarcón, R. (dir). (1925). *Bolivia en el primer Centenario de su Independencia*. Nueva York, The University Society Inc.
- » Ballivián, M. V. (1904). Informe Anual elevado al Ministerio de Instrucción Pública, sobre los trabajos efectuados durante el segundo semestre de 1903 y primero de 1904. *Boletín de la Sociedad Geográfica de La Paz*, 18-19-20: 1-14. La Paz.
- » Ballivián, M. V. (1920). Exordio. *Anales del Museo Nacional de Bolivia* 1: 3-5. La Paz.
- » Bandy, M. (1999). History of Investigations at the Site of Chiripa. En Hastorf, C. (ed.). *Early Settlement at Chiripa, Bolivia. Research of the Taraco Archaeological Project*, pp. 9-16. Berkeley, University of California/Archaeological Research Facility.
- » Barrett, J. (dir) (1913). The Bolivian Exhibit in Belgium. *Bulletin of the Pan American Union XXXVII*: 536-539. Washington D.C.
- » Bravo, C. (1901). *Academia Aymara* (revista mensual), año I, Nº 1.
- » Browman, D. (2007). La Sociedad Arqueológica de Bolivia y su influencia en el desarrollo de la práctica arqueológica en Bolivia. *Nuevos Aportes* 4: 29-54. La Paz.
- » Cavero, M. (2006). *Museología General*. La Paz, CIMA.
- » Costa Arduz, R. (2005). *Historia de la Sociedad Geográfica de La Paz*. La Paz, Fundación Cultural del Banco Central de Bolivia.
- » Crespo, L. S. (1902). *Monografía de la Ciudad de La Paz de Ayacucho*, Tomo Primero. La Paz, Taller Tipográfico y Litográfico Ayacucho.
- » Debenedetti, S. (1912). Excursión del XVII Congreso Internacional de Americanistas en Bolivia y Perú (del diario de viaje). *Actas del XVII Congreso Internacional de Americanistas, Sesión de Buenos Aires*. 17-23/07/1910: 625-676. Buenos Aires.
- » Díaz Romero, B. (1906). *Tiahuanacu. Estudio de Prehistoria Americana*. La Paz, Imprenta Artística de Castillo y C.
- » Díez de Medina, F. (1954). *Museos arqueológicos y colecciones culturales de La Paz, por el coronel Federico Díez de Medina*. La Paz, Imprenta Artística.
- » Eyzaguirre, M. (2012). Historias doradas. Estrategias de sobrevivencia y expansión. En Molina, R. (ed.). *Catálogo 50 Años del MUSEF*, pp. xvi-xxx. La Paz, MUSEF Editores.
- » Fernández, V. (1948). Historia de los servicios públicos de la ciudad de La Paz. En *La Paz en su IV Centenario, 1548-1948. II Monografía Histórica*, pp. 285-316. Buenos Aires, Comité Pro IV Centenario de la Fundación de La Paz.
- » Fortún, J. E. (1956). Sistematizando nuestro folklore. *Khana* 19-20: 230-235, La Paz.
- » Gutiérrez, J. L. (1954). Ordenanza de creación del Museo de la Cultura Boliviana “Emeterio Villamil de Rada”. *Khana* 3-4: 169-173. La Paz.
- » Gutiérrez Viñuales, R. (2003). El neoprehispanismo en la arquitectura. Auge y decadencia de un estilo decorativo-1921/1945. En *Vitruvius* 41. Disponible en: <https://vitruvius.com.br/revistas/read/arquitextos/04.041/648>

- » Honorable Alcaldía Municipal de La Paz (HAM) (1953). Concejo Municipal de Cultura. *Khana* 1-2: 131-141. La Paz.
- » Hertzog, L. (1946). *Primer Centenario del Museo Nacional "Tihuanacu"*. La Paz, Ministerio de Educación, Bellas Artes y Asuntos Indígenas.
- » Iñiguez, G. (1989). La formación Museológica en Bolivia. *Khana Nueva Época* 43: 10-13. La Paz.
- » Loza, C. B. (2008). Una "fiera de piedra" Tiwanaku, fallido símbolo de la nación boliviana. En *Estudios Atacameños* 36: 93-115, San Pedro de Atacama.
- » Loza, C. B. (2017). Reseña a Villamil de Rada, Emeterio. La Lengua de Adán y El hombre de Tiahuanaco. En *Bulletin de l'Institut français d'études andines* 46 (1): 307-310. Lima.
- » Medrano Zegarra, D. (2014). *Benedicto Goytia: personaje polifacético en los siglos XIX y XX*. Tesis de Licenciatura en Historia. La Paz, Universidad Mayor de San Andrés.
- » Mendoza, J. (1935). *El macizo boliviano*. La Paz, Arnó Hnos.
- » Molina, M. (1999). *Academia Boliviana de la Historia. 70 años 1929-1999*. La Paz, Secretaría de la Academia Boliviana de la Historia.
- » Montenegro, C. (1982[1944]). *Nacionalismo y coloniaje*. La Paz, Ediciones Los Amigos del Libro.
- » Otero, G. A. (1925). Monografía de La Paz. En Alarcón, R. (dir.). *Bolivia en el primer Centenario de su Independencia*, pp. 708-843. Nueva York, The University Society Inc.
- » Podgorny, I. (2010). Coleccionistas de arena. La Comisión Médico-Quirúrgica Italiana en el altiplano boliviano (1875-1877). *Antípoda* 11: 165-188. Bogotá.
- » Ponce Sanginés, C. (1957). Actividades antropológicas en Bolivia. *Boletín Bibliográfico de Antropología Americana* 19-20: 11-17. Madrid.
- » Ponce Sanginés, C. (1979[1975]). *La Cultura Nativa en Bolivia*. La Paz y Cochabamba, Los Amigos del Libro.
- » Ponce Sanginés, C. (1994). *Arthur Posnansky. Biografía Intelectual de un Pionero*. La Paz, Producciones CIMA.
- » Portugal Ortiz, M. (1994[2005]). Reseña de la obra del Profesor Maks Portugal Zamora. *Nuevos Aportes* 2: 3-14. La Paz.
- » Querejazu Lewis, R. (1983). *El Mundo Arqueológico del Cnel. Federico Diez de Medina*. La Paz y Cochabamba, Los Amigos del Libro.
- » Rivero, M. y von Tschudi, J. J. (1939[1853]). Los edificios de Tihuanacu. En Otero, G. A. (comp.). *Tihuanacu (Antología de los principales escritos de los cronistas coloniales, americanistas e historiadores bolivianos)*, pp. 47-51. La Paz, Ministerio de Educación, Bellas Artes y Asuntos Indígenas.
- » Robinson Wright, M. (1906). *Bolivia/el camino central de Sur-América, una tierra de ricos recursos y variado interés*. Filadelfia, Jorge Barrie e Hijos.
- » Ruiz, H. D.; Diez Astete, A. y Oporto Ordoñez, L. (1987). *Una puerta abierta a la cultura boliviana. 25 años al servicio de la Nación*. La Paz, MUSEF.
- » Sáenz, V. (2017). Semblanza de una boliviana. Julia Elena Fortún. En Sánchez, W. y Rivera, C. (eds.). *Otras miradas. Presencias femeninas en una historia de larga duración*, pp. 35-70. Cochabamba, INIAM-UMSS.

- » Sagárnaga, J. (1987). *Fritz Buck: un hombre, una colección*. La Paz y Cochabamba, Los Amigos del Libro.
- » Sagárnaga, J. (2002). *Diccionario de la Cultura Nativa en Bolivia*. La Paz, Ediciones CIMA.
- » Sánchez, M. (2019). *El Ateneo Femenino 1920-1930. Perspectivas filosóficas y epistémicas*. Cochabamba, IIHCE-UMSS.
- » Sánchez, W. y Rivera, C. (eds.) (2016). *Otras Miradas. Presencias femeninas en una historia de larga duración*. Cochabamba, INIAM-UMSS.
- » Stefanoni, P. (2012). Jano en los Andes: buscando la cuna mítica de la nación. Arqueólogos y maestros en la Semana indianista boliviana de 1931. *Ciencia y Cultura* 29: 51-81. La Paz.
- » Soto, K. (2019). Mi amigo tan querido como nunca olvidado. *Página Siete, suplemento Letrasiete*, 16/06/2019, La Paz.
- » Sotomayor, I. (1987[1930]). *Añejerías Paceñas*. La Paz, Librería Editorial Juventud.
- » Tauro, A. (1987). *Enciclopedia ilustrada del Perú: síntesis del conocimiento integral del Perú, desde sus orígenes hasta la actualidad*. Lima, Promoción Editorial Inca.
- » Villamil De Rada, E. (1888[1872]). *La Lengua de Adán y el Hombre de Tiahuanaco. Resumen de estas obras por el Dr. Emeterio Villamil de Rada*. Acosta, N. (comp.). La Paz.
- » Villanueva Criales, J. (2020). El Museo Nacional de Etnografía y Folklore (MUSEF) de Bolivia. Historias, esfuerzos y desafíos. En Noack, K.; Jaimes Betancourt, C. y Rattunde, N. (eds.). *Global turns, descolonización y museos*, pp. 121-139. La Paz, BASS-Plural.
- » Viscarra, R. (1913). *Guía General de la ciudad de La Paz*. Santiago, Librería de Artes y Letras.

Juan Villanueva Criales

Licenciado en Arqueología (UMSA-La Paz). Magíster y Doctor en Antropología (UTA-UCN, Chile) y Master en Escritura Creativa (Universidad de Salamanca, España). Ha sido Coordinador del Proyecto Qhapaq Ñan para el Ministerio de Culturas de Bolivia, analista de Patrimonio Arqueológico del Gobierno Autónomo Municipal de La Paz y Jefe de la Unidad de Investigación del Museo Nacional de Etnografía y Folklore, además de docente en universidades de Bolivia, Chile y Alemania. Actualmente, trabaja como Investigador invitado en el Departamento de Arqueología y Antropología Cultural de la Universidad de Bonn, en Alemania. Sus principales intereses de investigación son: iconografía y semiótica prehispánica; historia de la arqueología boliviana; cerámica arqueológica; arqueología del asentamiento y la muerte en tiempos prehispánicos tardíos; estudios materiales contemporáneos y arqueología urbana; etnografía arqueológica, comunidades locales, museos y patrimonio. Sobre estos y otros temas lleva publicados cuatro libros y sesenta artículos en medios bolivianos y extranjeros.